

# El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.; un semestre, 11 rs.—20 rs. al año en toda España — Extranjero, 8 rs. trimestre, 14 semestre y 26 un año.—Un año en Ultramar, 40 rs.—Un número suelto atrasado, 4 cuartos.—La correspondencia al Director, Magdalena, 18, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho dias.

## REVISTA DE MADRID.



El sujeto continúa sin novedad en su importante salud.



El sol descende á ver lo que pasa entre Ruiz Zorrilla y Rivero.



Reaparecen los manguitos.



Se toma por contrata el agua que necesita D. Manuel, cada vez que pronuncia un discurso.



Librería de San Martín ó de Duran, al ponerse á la venta el *Almanaque del Garbanzo*. (!!!)



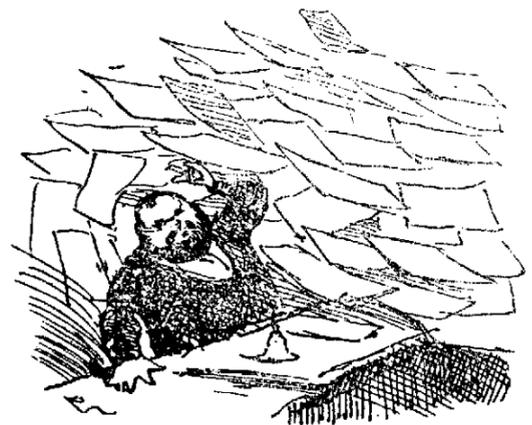
Se la han traído de fuera para hacerle olvidar la política.



—No han visto Vds. el último estreno de García Gutiérrez?  
—No.  
—¡Éxito completo!



Los conservadores salen pitando, al saber que el rey ha preguntado por el duque de la Torre.



Llueven las proposiciones en el Congreso.



Los cuellos altos progresan y sujetan al hombre.



Aparece el *Mundo Cómico*.



Y el orden público inalterable!

## CRÓNICA.

—¿Qué pasa?  
 —¿Me pregunta Vd. qué pasa?  
 —Sí.  
 —Pasan muchas cosas.  
 —¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Diga Vd....  
 —Verá Vd. Pasa el general Córdoba á la isla de Cuba.  
 —¿Deja una cartera por una capitania?  
 —¡Psh! Ya sabe Vd. aquello. ¿Frale y se ahorca? El sabrá por qué.  
 —Siga.  
 —Sigo. Pasa la moneda. ¿Le parece á Vd. poco?  
 —Es verdad.  
 —Pasa en el Senado lo del ferro-carril....  
 —¡Uf!  
 —Bueno. Pasa el rey por la calle de Alcalá á caballo.  
 —Y no pasa nada.  
 —Justo. Pasa tropa.  
 —¡Eh! ¿Sucede algo?  
 —Asómese Vd. al balcon y verá Vd. cómo pasa tropa.  
 —¿Y adónde va?  
 —A Despeñaperros.  
 —Sí, á despeña-cimbrios.  
 —Bien, á Despeña-cimbrios, á Cataluña y á Navarra.  
 —Luego ¿no hay confianza?  
 —Se teme.  
 —¿Habrá algo?  
 —Ya lo creo.  
 —Y el Gobierno....  
 —Se lo llevarán los demonios.  
 —¿Y no sabe Vd. si será pronto?  
 —Viva Vd. tranquilo.  
 —¿Qué más pasa?  
 —Pasa-rón.  
 —Barullo seguro en la sesion del Congreso.  
 —De todos modos le ha de haber... Pasa el tiempo...  
 —Eso es lo peor.  
 —Y ni se arregla lo de la Hacienda.  
 —Ni se le paga al clero.  
 —Ni á los maestros.  
 —Ni á nadie, hombre.  
 —Hombre, eso no, al rey se le paga.  
 —¿Y eso pasa ó no pasa?  
 —Eso pasará.  
 —Me alegro. Pasa Baldrich á la corte de las Españas...  
 —¿Iluminamos?  
 —No estaria de más. Pasa el frio... ¿no sabe Vd. que ha dicho un periódico que el profesorado español está en cueros?  
 —Pues le coge en buen tiempo.  
 —¡Oh! pues crea Vd. que en casa de los ministros hay muy buen fuego.  
 —Eso de seguro. ¿Y no pasa más?  
 —Pasa García Gutierrez.  
 —Me quito el sombrero. Su última obra me ha extasiado.  
 —Y á todo el mundo. Pasa la artillería...  
 —¡Ah! Va de retirada. Dicen que los oficiales se van á sus casas.  
 —Desde el nombramiento de...  
 —¿Y qué más pasa?  
 —Pasa el recaudador de contribuciones...  
 —¡Ea, abur, que voy á atrancar la puerta!

## ZURCIDOS SIN CONOCERSE.

Yo ví á Zorrilla con la *fé* perdida  
 y le he visto despues con la *fé* hallada,  
 le ví aclamar la libertad querida  
 desde el rincón oscuro de Tablada:  
 le ví ofrecer con paternal cuidado  
 un dulcísimo alivio á nuestros males,  
 y le he visto despues cómo ha probado  
 lo que valen promesas radicales:  
 le ví *banar* contra el injusto trono  
 que al pueblo que avasalla impone leyes,  
 y le he visto despues á un rey muy *mono*  
 apellidar modelo de los reyes.  
 Porque esto ví, no creo desde ahora  
 ni en sus lágrimas tristes cuando *llora*,  
 ni en su amor á la jóven dinastía,  
 ni en su amor á Amadeo,  
 ni en su sinceridad, ni en su energía.  
*¡Solo en la paz de los sepulcros creoi!*

Lector, si acaso notas  
 á gentes que promueven *motinillos*  
 y que gastan navajas muy *largotas*  
 desecha el miedo insano,  
 de defenderte trata,  
 que si no haces justicia por tu mano  
 no has de esperar de pié, que la haga Mata.

(Que en España donde es un hombre solo  
 gobernador, y médico, y poeta,  
 conocerá el más bolo  
 que esta admirable *trinidad* completa  
 ni hace versos, ni manda, ni receta;  
 mas destroza el idioma castellano  
 y con placer profundo  
 á la justicia ahogó su aleve mano:  
*Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?*)

A su costumbre fieles  
 hablan mucho y muy mal los radicales,  
 y escriben en papeles  
 que parecen periódicos formales.  
 Hablan de cosas que ninguno entiende,  
 apellidan *gloriosa* á un *motinillo*,  
 y defienden al rey, como defiende  
 el hambriento voraz un panecillo.  
 Es un partido el tal que no sosiega;  
 el pueblo, mientras, calla—no me fio—  
*y el globo en tanto sin cesar navega  
 por el piélago inmenso del vacío.*

RUBENIO SIEIRA.

## BUSILIS.

Yo no sé por qué, siempre que se trata de alguna cuestion grave, y cuya resolucion no debe en conciencia ser favorable, el Sr. Ruiz Zorrilla apela á los gritos, á las declamaciones y á la *bullá*, para que, á fuerza de llorar, como los niños, le den por el gusto.

Y vuelta con su moralidad, y con su dignidad, y con su sinceridad, que maldito lo que tienen que ver con el asunto de que se trata.

Por ejemplo:

Se discutió el otro día en el Senado sobre si se debía ó no conceder una subvencion á las empresas de los ferro-carriles de Malpartida á Plasencia y de Mérida á Sevilla.

La cuestion es clara, evidente y no tiene vuelta de hoja. Si á dichas empresas se les concede una subvencion, todas las empresas de líneas férreas en construccion tendrán derecho á pedir subvenciones, porque dirán aquello de que, todos somos hijos de Dios, y no querrán pasar por privilegios que son siempre irritantes.

La situacion del Tesoro no es para subvencionar á nadie.

El anticipo que se pretende hacer grava al Tesoro con una renta superior á trece millones de reales.

El Gobierno que ha de anticipar á las empresas de esos ferro-carriles el producto de trece millones de renta, tomado al diez por ciento, se ha de ver obligado para encontrarlos á tomar dinero prestado al tipo de 17.

¿Cuáles son las ventajas de la operacion?

¿Quién sale ganando en ella?

La respetable voz del Sr. Galdo, de cuya rectitud y amor á su país nadie puede dudar, condenó el proyecto, exponiendo las razones que hemos dejado escritas.

Y, sin embargo, el Sr. Ruiz Zorrilla, sofocado hasta las orejas, lleno de indignacion y rebosando cólera, hizo un discurso, como todos los suyos, cuando ve mal para do un negocio cualquiera. Con decir que él es muy moral, y muy recto, y que no hay que dudarle, y que hay que votar ó separarse de él, ya cree dejar á todo el mundo convencido.

Si la operacion que se trata de hacer es ruinosa, ¿por qué la defiende el Presidente del Gobierno?

Si cuando una persona tan respetable como el señor Galdo, que sin hacer alardes de moralidad, tiene justa reputacion de tal en toda España y fuera de ella, prueba irrefutablemente que el *privilegio* que se va á conceder á una empresa particular es perjudicial y desatinado, el presidente de un gobierno, en lugar de probar lo contrario, con sólidas razones, se pasa una hora echándolas de probo, ¿qué especie de asunto es este que de tal manera se defiende?

Es lo mismo que si á Vd., don Fulano de Tal, le decimos nosotros que no debe empeñar la capa en diez duros que le cuestan diez reales al mes de interés, para prestar esos diez duros á un *súgeto* que le dará de interés diez reales al año, y Vd. nos contesta enfurecido:—Yo soy un hombre de bien y mas liberal que Riego!

Todo lo más que podremos hacer en tal caso es echarnos á reir y convenir en que se puede ser muy liberal y muy honrado y al mismo tiempo muy bolo.

¿Por qué ese afán de que se vote lo que no es beneficio para el Tesoro público?

Sea descuidado el Sr. Ruiz en sus asuntos particulares, si le place, que eso es cuenta suya; pero nosotros, que no hacemos política, y sin embargo, como españoles y contribuyentes tenemos una parte, por pequeña que sea, en lo que es de la nacion, no entendemos esto que con la empresa de esos ferro carriles sucede.

Sin duda el vivir alejados de la esfera oficial nos hace

ignorar muchas cosas; ¿pero no es manía notable esta del Presidente del Consejo de enfadarse porque no le conceden que sea despilfarrado?

No hay dinero para pagar atenciones sagradas y le hay, aunque sea buscándole de prisa y corriendo para anticiparlo á una empresa particular. ¿Pues qué es esto?

Y dale con la moralidad, y con la sinceridad y con todo eso que tanto se rejite desde lo de los tabacos y los pinos y todas estas baratijas de la setembrina. Pero señor mío, ¿tiene algo que ver una cosa con otra? ¿Qué relacion puede haber entre la moralidad de un ministro, la subvencion de una empresa y la proteccion de cierta parte de la prensa á estas operaciones de tan poca cuenta?

Es cosa rara. No la entendemos; pero hemos de estudiarlo detenidamente.

## CONFLICTO.

¿Que el cuerpo de artillería, como el de ingenieros, descuella en el ejército por su ilustracion, su brillante personal y la union compacta que entre sus distinguidos oficiales ha habido siempre, ¿quién puede dudarlo?

Y que desde el año de 1866 hay en dicho cuerpo un disgusto que el tiempo no borra, ¿quién no lo sabe?

Pues bien, el cuerpo de artillería va á poner en un verdadero conflicto á la situacion, que ya tiene sobre sí bastantes.

Coincidiendo con el nombramiento del nuevo capitán general de las Provincias Vascongadas, ha llegado á Madrid la noticia de que el jefe de artillería de aquel ejército ha pedido la licencia absoluta y venidose á Madrid, por no presentarse.

Por de pronto la cosa no le pareció al Gobierno grave; tal vez la consideró como efecto de algun resentimiento personal.

Pero á renglon seguido han eundido rumores, peticiones de licencia absoluta hechas por muchos oficiales del cuerpo. Se anuncian otras muchas. No falta periódico que dé como segura la próxima idéntica peticion hecha por todos los oficiales de aquel brillante cuerpo.

Librenos Dios de atacar personalmente á nadie. Ni siquiera nombraremos al flamante general que tan grave y tan general determinacion ha motivado; ¿pero esta conducta del cuerpo de artillería no es un gran consuelo para los que iban dudando de que en nuestro país se hubiera perdido por completo todo carácter?

La oficialidad de artillería, dicho sea en honor suyo, no se ha sublevado nunca. Cualquiera de sus determinaciones tienen un carácter de respetabilidad que no podrá desconocer nadie.

¿Qué hará el Gobierno?

¿Qué juicio pueden formar las guerrillas carlistas del gobierno del enemigo que las persigue, al saber que toda la oficialidad de un cuerpo facultativo piensa en pedir su licencia absoluta al saber que se ha hecho cierto nombramiento?

Nada hay que dé más fuerza á un ejército que la influencia moral de sus jefes.

Y el suceso de que nos ocupamos, es una enseñanza terrible para un Gobierno al que apoyan tantos generales curtidos en los pronunciamientos y enemigos de la revision de las hojas de servicio.

¿Qué remordimientos deben sentir algunos al ver la union admirable con que protesta en esta ocasion una brillante pleyada de oficiales jóvenes en su mayor parte, y que no por serlo se han dejado arrebatar de la ambicion ó de la pasion de partido para faltar á sus deberes militares!

## CONSEJOS.

Manolo, Manolito,  
 caro Manolo,  
 márchate del gobierno,  
 déjalos solos;  
 mira, hijo mío,  
 que tú no estás ahora  
 para esos líos.

¡Ay, Jesús! ¡Cuánto sufres  
 en el gobierno!  
 ¡Qué disgustos tan gordos  
 vas recibiendo!  
 ¡Y todo en aras  
 del cariño que tienes  
 á nuestra pátria!

El pueblo te agradece  
 tu buen deseo,  
 mas al ver lo que sufres,  
 que estás enfermo,

muy compasivo  
te ruega que te marches,  
pero pronto.

Tú no sirves, Manolo,  
para esos tragos,  
que aunque parecen dulces  
son muy amargos.  
tú eres sensible,  
y para esos belenes  
¡vamos! no sirves.

Tú á lo mejor de todo  
sueñas el trapo,  
horas como un chiquillo  
sin remediarlo:  
pues tu organismo  
es de lo más sensible  
que aquí se ha visto.

Solo para altos puestos  
sirve esa gente,  
que por nada del mundo  
sufrir ni siente.  
Si dudas de esto,  
mira el rey que has traído,  
que es buen ejemplo.

¿No le ves qué impasible  
come y pasea?  
¡Nada le da cuidado!  
¡Nada le altera!  
Mas tú, Manolo,  
aunque quieras, no puedes  
ser de ese modo.

Tu sistema nervioso  
te lo prohíbe.  
Es sensible que seas  
¡ay! tan sensible!  
Sigue el consejo,  
si quieres ser dichoso  
deja el gobierno.

Y ya que árdnas cuestiones  
ahí se entablan,  
deja en tablas el juego,  
vuelte á Tablada.  
¡Toca tabletas!  
Que es para tí, Manolo,  
la gran receta.

Manuel del alma mía,  
caro Manolo,  
márchate del gobierno,  
déjalos solos;  
mira, hijo mío,  
que tú no estas ahora  
para esos llos.

VITAL AZA.

## COSAS QUE SE SABEN.

—La probabilidad de que un elevado personaje (y comprenderán Vds. que no se trata de ningún cochero) llame pronto á los conservadores de la revolución.

—La inmediata tentativa de jarana *gorda* por los intransigentes.

—La falta de dinero en las arcas del Tesoro.

—La prisa de buscar dinero para prestárselo á las empresas de dos ferro-carriles en construcción. (¡Qué fino está Vd.!)

—La gresca que se va á armar con lo de la quinta.

—La cara de pascua que ha puesto el general Córdoba al ser nombrado capitán general de Cuba.

—La propaganda que está haciendo el Banco territorial.

—La intención que hay de que los contribuyentes paguemos el pato.

—La gana que todos los contribuyentes y trabajadores tenemos de que venga un gobierno cualquiera *bueno y barato*.

## COSAS QUE SE IGNORAN.

—Lo que ha sido de los jefes de la sublevación del Ferrol.

—Lo que haría el Gobierno si los encontrara (que no los encontrará, no tenga Vd. cuidado).

—Por qué no está tan severo ahora como antes el gobernador con las casas de juego.

—Por qué no se dice ni se explica quién es el que hizo á Llagostera, y por qué lo hizo.

—El objeto que se lleva el Gobierno al indisponerse con toda la oficialidad de artillería.

—Cuándo llegarán los españoles á querer á su rey.  
—Cuándo se pagará al clero y á los maestros.  
—Cuándo sabrá el público algo del tenebroso asunto de la calle del Arenal.  
—Los puntos que calza como liberal el soberano.  
—Lo que sucederá cuando resulte que lo de la acusación se ha empastelado.  
—Cuándo se acabará la insurrección carlista.  
—Y cuándo tendremos doce millones de españoles la satisfacción de que se lleven los demonios á todo lo existente.

## LOS MAGYARES.

## CAPÍTULO II.

(Continuación.)

Empezaba la feria, única época de animación en la capital de la provincia.

Una mañana aparecieron las esquinas de la población forradas con el siguiente cartel:

## TEATRO.

Lista de la gran compañía de Zarzuela que funcionará durante la feria en el teatro de esta ciudad, compuesta de notables artistas de los primeros teatros de Madrid.

Primera tiple. . . . .	Doña Concepción González.
Otra primera tiple. . . . .	Doña Rosalía Rodríguez.
Tiple cómica. . . . .	Doña Carolina Gutiérrez.
Primer tenor. . . . .	D. Manuel Fernández.
Primer barítono. . . . .	D. Rufino Gómez.
Tenor cómico. . . . .	D. Serafina Cascajo.
Primer bajo. . . . .	D. Blas del Sótano.
Maestro director de orquesta. . . . .	D. Cleto Ruiz.

Un numeroso cuerpo de coros, compuesto de seis individuos de ambos sexos.

Se pondrán en escena las siguientes obras, algunas de ellas no conocidas de este respetable público, y tituladas: *Los Magyares*, *Cataluña*, *El Valle de Andorra*, etc., etc., etc.

La llegada de una compañía dramática á una capital de tercera clase, donde generalmente no suele haber al año sino un escaso número de funciones, es un acontecimiento.

Los habituales abonados se apresuran á tomar sus localidades elogiando á la compañía, si en ella figuran nombres ya conocidos, ó censurándola en caso contrario.

La anunciada en el cartel anterior llevaba todas las exigencias de los aficionados. Figuraban en la lista dos ó tres artistas que habían ya actuado en aquel teatro con gran aplauso; los nuevos, según rezaba el cartel, eran *notables artistas* de los coliseos de la corte. El abono fué numeroso y escogidísimo.

Don Dimas había tomado su palco *de siempre*. Casiana, que así se llamaba su hija, esperaba con ansia la apertura del teatro, y con no menor deseo la aguardaba el inocente Cándido.

¡La feria! El teatro! Ambas cosas venían á romper la monotonía de su pacífica existencia; pero el teatro sobre todo.

Cándido, que había asistido pocas veces en temporadas anteriores, conservaba todavía esa bella ilusión que produce en los espectadores tatarales, cuando no se han visto detrás del telón. Para él eran todavía verdaderas las lágrimas de una actriz, ó las desdichas de un actor; eran reales y efectivos los hermosos colores del rostro de la primera tiple, y las torneadas pantorrillas de una bailarina.

Ignoraba que los relámpagos de una tempestad de teatro no son sino un poco de pez griega, los truenos un redoble en un bombo, y el ruido de la lluvia el producido por una especie de sonajero lleno de arena. Para Cándido, en fin, una representación tenía todo el interés de un hecho verdadero.

Y necesaria era toda la candidez de nuestro protagonista para conservar la ilusión, á pesar de los intérpretes de las obras que había visto. Porque la verdad es que, las compañías que hasta entonces habían actuado en aquel teatro, eran rematadamente malas: todas estaban compuestas de actores del kilómetro, como deberán llamarse hoy, que no se cuenta por leguas, ni aquellos quienes que se les llaman cómicos.

Estos, cuando ambulantes de una en otra provincia, van buscando pan y laureles, de lo cual suelen conseguir lo primero, y no siempre, hacen una vida especial. Fuera de Madrid, ó de alguna población de gran importancia, donde hay verdadero círculo teatral, los actores viven alejados del resto de la sociedad. Parece pesar sobre ellos todavía la antigua y degradante preocupación que los condenaba al aislamiento. En la mayor parte de las poblaciones de la escasa importancia de aquella en que nuestra acción tiene lugar, un actor es mirado como una persona de mala vida, como un perdido, en toda la extensión de la palabra, y las actrices no merecen mejor juicio que sus compañeros.

Si algún individuo de la población tiene relaciones amistosas con los actores y frecuenta el vestuario, bien puede estar seguro de ser tachado de hombre de malas costumbres, ó cuando ménos de *despreocupado*. Por esta razón, como ya hemos dicho, los actores en esas poblaciones viven completamente aislados.

Excusado será, pues, decir que D. Dimas pensaba como el resto de sus paisanos, y que Cándido creía firmemente que todas las actrices eran unas sirenas engañadoras, y todos los actores gente de poco más ó ménos.

La tarde en que llegó la compañía en la diligencia, pues aun

no había la locomotora visitado aquellos parages, dió la feliz ó desgraciada casualidad de que la viese Cándido, y reparó, sin poderlo remediar, en el agraciado rostro de una actriz, que con un sencillo y elegante traje de camino, y un coqueton sombrerito con velo, tenía el aspecto más seductor que vieron nunca los ojos de nuestro provinciano.

Iba este con su tío á dar el cotidiano paseo, y no pudo por esto detenerse á contemplar todo el tiempo que hubiera deseado aquel gracioso y picaresco rostro, animado por una expresión de que carecían completamente los de todas las mujeres que Cándido había visto hasta entonces.

—Vamos, vamos, le dijo su tío al notar que volvía la cabeza. ¿Qué miras?

—Nada, nada, respondió todo turbado el mancebo.

Su tío le miró de reojo.

—Estas cómicas son el diablo, dijo D. Dimas; cualquiera, al ver la más fea, la tomaría por una preciosidad. Se pintan tan bien que dan un chasco al más avisado.

Esta observación no hizo el efecto que se propuso D. Dimas, porque su sobrino dijo para sus adentros:

—Pues lo que es *esa* ya estoy yo bien seguro de que es preciosa.

Y pensando en esto pasó la tarde el joven sin contestar acorde á cuanto su tío le habló durante el paseo, y poniéndose de vez en cuando más encendido que un tomate.

(Se continuará.)

Conjugación radical.—Yo como, tú tragas, aquel embucha; nosotros mascamos, vosotros os atragantais, aquellos devoran.

Glosa.—Yo t ansiero, tú te vas á Cuba, aquel tiene camisa; nosotros subvencionamos, vosotros os redondeais, aquellos tienen trigo.

Coro de contribuyentes.—Yo trabajo, tú cobras, aquel me saquea. Nosotros soltamos la moseca, vosotros la cazais, aquellos me revintan.

Pasado.—Yo conspiré, tú te pronunciaste, aquel se sublevó. Nosotros nos arremangamos, vosotros os tasasteis, aquellos se lo perdieron.

Futuro.—Yo me enfincaré, tú te escaparás, aquel tendrá gato. Nosotros nos reiremos, vosotros engordateis, el país se fastidiará.

El país á coro.—Yo estoy harto, tú estás hartísimo, aquel está hasta encima de los pelos. Nosotros nos arruinaremos, vosotros os reireis... y el mejor día vamos á empalar á todo el que haya hecho por lo ménos un discurso político en su vida!

Los hombres políticos son muy útiles. Cada día hacen un magnífico discurso...

—Pero á mí no se me paga, dice un contratista de carreteras.

—Y á mí me tocará cobrar el año 83, dice uno que tiene que cobrar el cupon.

—Y yo me muero de hambre, dice un maestro.

—Y yo de necesidad, dice un cura.

Pues entonces, digo yo, qué es lo que hablan y discuten con tanta elocuencia los hombres políticos en el Congreso?

—Se ignora.

—Ménos filosofía y más almuerzo, dijo un autor muy sábio.

Consejos de ministros

hay muy *largotes*,  
y no está el ministerio  
para estos trotes.

No hay que engañarse,  
ya el rey dice á los cimbríos:

—¡A nivelarse!

Hablan el ministro de Hacienda y el de Gobernación.

—¿Qué se le ocurre á Vd. para buscar dinero?

—Un empréstito.

—Eso es muy caro.

—Entonces una nueva contribución.

—Eso es mejor porque no cuesta interés.

El ministro de Hacienda se ríase la cabeza, y dice:

—Es verdad, no cuesta interés, pero va á costar algún palo.

Días pasados fué un recaudador á cobrar la contribución á un pueblo.

El pueblo se iba á amotinar.

El recaudador se alojó en casa del maestro de escuela, que era primo suyo.

Por la mañana el pueblo acude á la puerta de casa del maestro pidiendo que se le entregue al recaudador.

—¡Ciudadanos! dice el maestro asomándose á la ventana, os cansais en vano. El hombre ya no está aquí.

—¡Mentira!

—¡Lo juro!

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

—No está; no ha ido.

—Que se explique.

—Señores, dice con voz solemne el maestro: ¡Me lo he comido!!!

